

Sobre viajeros y turistas

RAFAEL VARGAS-HIDALGO*

Al principio reinaba una gran confusión: se producían explosiones por todas partes, los gases y el fuego invadían el aire, nacían astros y caían estrellas. Simplemente, no se podía vivir tranquilo y entonces el Hombre se echó a dormir. Cuando las cosas se calmaron y cada color ocupó el lugar que hoy le corresponde, y el sol y la luna hicieron las paces, el Hombre, que se encontraba confundido en medio del barro, despertó. Desde ese primer momento, éste sintió un irresistible impulso de vagar, que le infundía un espíritu benigno: la *curiosidad*. La vida era en aquel tiempo muy agradable porque cada día se podían descubrir valles, lagos, montañas y mares de una belleza extraordinaria. Desgraciadamente esta situación no duró mucho porque un día el Hombre se encontró de improviso con un terrible demonio de origen nórdico llamado *comodidad* (conocido entre los bárbaros como *comfort* o *comfortable*). Este diablo, que quería quitarle al Hombre su dominio sobre el mundo, consiguió que éste ocupara un pequeño rincón de la Tierra a cambio de enseñarle la mágica ciencia del cultivo de las plantas. El pacto con ese ser maligno dura ya muchos milenios, pero el buen ángel de la *curiosidad* no se da por vencido y acompaña a cada persona desde su nacimiento, invitándole a no perder su primigenio impulso nómada. Es por ello que el deseo de ver gentes y lugares nuevos es consubstancial a nuestra raza símica. Y quienes no pueden ver realizado este anhelo, imploran a Morfeo, durante

*Rafael Vargas-Hidalgo es abogado chileno residente en Roma, Italia. Es un estudioso del arte y buen observador viajero. Colabora en varias publicaciones internacionales.

ese consuelo del día que es la noche, que les conduzca a través de un sueño a conocer las ciudades que están enterradas en el fondo del mar o los campos del cielo donde pastan caballos alados.

Tal como cuentan libros antiquísimos, el pobre hombre es sólo un territorio dispuesto para la eterna batalla entre ángeles y demonios. Esto es sin duda verdad porque basta poner atención a lo que sucede a nuestro alrededor para darnos cuenta de esa lucha espantosa que se libra entre *curiosidad* y *comodidad*, la cual tiene divididos a los hombres en dos subrazas, claramente distinguibles por señas externas inconfundibles: los viajeros, hijos de la curiosidad, y los turistas, poseídos por *comfort*.

Como sabemos, el espíritu bueno jamás logra muchos adeptos, pero aquel en quien reina la curiosidad recibe un magnífico premio: se transforma en un viajero, es decir, en una persona que puede compenetrarse de los lugares que visita y sacar provecho de esa experiencia. La mayoría queda desgraciadamente en manos de la comodidad, la cual hace perder esa dignidad que tenía el Hombre cuando estaba en medio del barro. Estos endemoniados, llamados turistas, quedan impedidos de ver a tres hermosas deidades: armonía, belleza y respeto. *Comfort* atormenta al turista obligándolo a trasladarse sin fin de un lugar a otro, pero sin dejarle, en verdad, llegar al corazón de ningún sitio. Es así que el turista gasta su tiempo y dinero en la vana ilusión de escapar de su casa y sus problemas. Se debe añadir, sin embargo, que la comodidad no sólo ha creado al *homo turisticus* sino a otros monstruos como los televidentes y los automovilistas, que se arrodillan ante esos templos de la comodidad que son las industrias, las cuales tiene a medio destruir ese maravilloso planeta que había resultado de tantas originarias explosiones.

Como el buen ángel de la curiosidad pierde cada día más la batalla, quiero destacar aquí la figura en extinción del viajero, autor de buena parte de la poesía conocida.

Los primeros viajeros salieron a recorrer el mundo en aquella época en que éste estaba poblado de dragones, cíclopes, ciembrazos, sirenas que cantaban a la orilla de una isla encantada, magos que vivían en palacios de cristal. De este remoto tiempo, Odiseo, uno de los primeros viajeros famosos, nos ha dejado un recuento detallado. El atractivo por la aventura de este héroe griego fue tan fuerte que llegó a justificar su ausencia de diez años de su casa, contándole a su mujer la mentira piadosa de que se había perdido al terminar la Guerra de Troya; en realidad, estaba poseído de la *curiosidad* de ver a la hermosísima Calipso y visitar el país de los muertos. A decir del injustamente olvidado Apuleio: "Tenía razón el divino creador de la antigua poesía griega cuando queriendo describir a un hombre de suma

sabiduría cantó que él había adquirido todas las virtudes visitando ciudades y conociendo las costumbres de mucha gente”¹.

Los turistas, en cambio, comenzaron a germinar confundidos con los peregrinos. En verdad, el peregrinaje representa el primer traslado masivo de individuos, atraídos por la fama, si bien religiosa de un lugar. Ya en la vieja Grecia se vieron pasar por los caminos que conducían a los santuarios, multitudes que marchaban desde lejanos lugares con el deseo de estar cerca de Dios. Los autores clásicos han dejado abundantes testimonios de lo fuerte que era el amor por lo divino entre los griegos. Padre Zeus, Atenea, Apolo, exclamaban en su soledad, con tanto fervor como lo hace el hombre moderno cuando de pronto descubre su fundamental debilidad. Sobre todo, los peregrinos llegaban al santuario de Apolo en Delfos, donde la pitonisa balbuceaba en trance su oráculo; dicho con palabras tan oscuras que éste casi siempre se veía cumplir. Uno debe imaginarse la impresión que causaría este lugar al peregrino proveniente de una modesta comarca, porque Delfos es una visión extraordinaria, elegida como habitación por Apolo, dios de la belleza, la armonía y el arte. El santuario está coronado con las alturas del Parnaso, se encuentra rodeado de olivos y cuando cae el verano se levanta un coro de cigarras que hace recordar estos versos de Hesíodo: “Cuando florece el cardo y canta la cigarra, posada en un árbol, su armoniosa canción agitando presurosas las alas, en los ardorosos días del estío, es excelente el vino y gordas están las cabras; las mujeres se muestran más lascivas y los hombres flojos y distraídos”².

Cuando se llega a Delfos viajando por las aguas del Golfo de Corinto, se divisan a lo lejos, enclavados en el árido monte, los templos del santuario. Este espectáculo emocionaba a esos hombres, tan similares a nosotros, que llegaban desde todos los rincones del Mundo Antiguo para encontrar aquí alivio a sus fatigas.

Fue en Delfos donde la literatura registra el primer caso de esa plaga que siempre ataca a quien viaja: los ladrones. En efecto, en una de las más hermosas leyendas griegas, la del Cicno (de la que se desarrolló una de las mayores obras de la Antigüedad, *El Escudo de Heracles*, y nació uno de los más bellos nombres: cisne), se cuenta el castigo que infligió Apolo a Cicno por robar a los peregrinos que se dirigían a Delfos.

Aparte de su confesado interés por la búsqueda de lo divino, el peregrino viaja con otro, más secreto, propósito: ver el mundo. Este afán turístico

¹Apuleio: *El Asno de Oro*, ix, 13.

²*Los Trabajos y los Días*.

del peregrino es tan fuerte y de tan larga data que yo he encontrado en las estanterías de la Biblioteca Vaticana una guía turística publicada para los peregrinos de antaño que venían a Roma. Tengo ahora en mis manos la edición de 1511 de esta *Mirabilia Romae*, que en latín da cuenta, en escasas 68 páginas, de la ciudad, sus monumentos, las indulgencias que se pueden obtener, los santuarios de los mártires, las reliquias e iglesias. Son varios los méritos de esta obra. Desde luego, se trata de una de las primeras guías turísticas de que se tenga noticia; además, fue reimpresa numerosas veces, por lo cual constituye uno de los primeros *best-sellers*. También se debe destacar que se trata de un 'libro de bolsillo', lo cual desmiente eso de que todo el progreso no viene de Estados Unidos. Finalmente, este pequeño libro constituye hasta el día de hoy el modelo para redactar esta clase de obras: se hace una enumeración escueta, fría, carente de sensibilidad e inteligencia, destacándose nombres, fechas y anécdotas, en lugar de servir para el verdadero conocimiento de la significación de los monumentos. En resumen, esta obra sirve a la necesidad frenética del turista de correr por los lugares (en vez de efectuar 'recorridos', como los que hace el viajero acompañado de su ángel de la curiosidad).

* * *

El Mundo Antiguo floreció gracias a los contactos entre distintas ciudades y regiones. El comercio unió a lejanos pueblos. Amuletos egipcios y cerámicas griegas, por ejemplo, se difundieron por toda la costa mediterránea. Atenas percibía uno de sus mayores ingresos de la exportación de sus afamadas cerámicas. La búsqueda del escaso hierro, de la necesaria plata y de los preciados mármoles, obligaba a los antiguos a atravesar continuamente las aguas del Mediterráneo y el Mar Negro, que eran las mayores rutas de entonces. Uno no puede dejar de maravillarse al pensar en los grandes bloques de mármol, provenientes de la isla egea de Paros, o del granito y obeliscos egipcios, que se transportaban para engalanar Roma. Sin duda representa una proeza de ingeniería el mover esas toneladas de material desde su lugar de extracción hasta el de su destino final. De ello se dieron cuenta los contemporáneos de Sixto V cuando éste ordenó, en 1586, el alzamiento en la plaza de San Pedro de un obelisco egipcio que se encontraba en la vecindad, derribado desde milenios; a pesar de que se trataba de moverlo por pocos metros, fue necesario todo el esfuerzo de uno de los mayores ingenieros de la época, Domenico Fontana, para cumplir esta tarea.

Entre los primeros viajeros se debe recordar a los rapsodas griegos que transportaron los versos de Homero de un rincón a otro de Grecia. Segura-

mente Homero (o el grupo de poetas que se esconde bajo ese nombre) fue el codificador de lo que habían transmitido generaciones de poetas antes que él, quienes no habían gozado del conocimiento de la escritura. Los arqueólogos han demostrado la rapidez con que el alfabeto, los mitos, la poesía, el estilo dórico, las costumbres, se difundieron en toda la Hélade, la cual no sólo comprendía la Grecia actual sino que también la costa del Asia Menor, la orilla del Mar Negro, las colonias de la península itálica y Sicilia. Los griegos eran grandes viajeros que siempre construían sus ciudades cerca del mar y que, a partir del siglo VIII a. C., iniciaron un gran proceso de expansión en toda la costa mediterránea. En los grandes festivales religiosos y deportivos helénicos se movilizaban miles de griegos. En una Olimpíada podían concurrir de cuarenta a cincuenta mil personas. Estos eventos daban ocasión para conocer a los mejores atletas, al mismo tiempo que permitían intercambios de ideas. Esta era, en efecto, una buena tribuna para filósofos, escritores, artistas, oradores, arquitectos y músicos.

En el Mundo Antiguo también se produjo gran movilidad debido a razones políticas. Los exiliados fueron numerosos. Pitágoras, Herodoto, Tucídites y Jenofonte son unos pocos ejemplos. También la guerra daba lugar a grandes desplazamientos; pensemos en las dos invasiones persas de la Hélade o en la penosa travesía de Anatolia que hicieron diez mil soldados griegos, de la que se relatan pormenores en la *Anábasis* de Jenofonte. Estas guerras obligaban a efectuar intercambios con otros pueblos. Desde luego, los soldados aprendían tácticas militares y armas de sus enemigos; y en los botines llegarían objetos raros que serían prontamente copiados. Por otra parte, las mujeres e hijos de los vencidos eran a menudo convertidos en esclavos y llevados a lejanas regiones (en *Los Siete Contra Tebas*, Esquilo ilustra bien el temor que sentían las mujeres de transformarse en las esclavas de los vencedores).

Finalmente se debe señalar que en la Antigüedad hubo hombres que hicieron de su vida un constante viajar, como era el caso de algunos médicos, artistas y poetas griegos. Uno de ellos fue Ión de Efeso que al inicio del Diálogo de Platón titulado precisamente *Ión*, cuenta que acaba de llegar de Epidauro y que está por partir a un festival en Atenas. En *La Odisea* el porquerizo Eumeo se pregunta: "¿quién llamaría a un extraño del lugar, al menos que sea artesano, un adivino, un médico, un carpintero o un cantor inspirado...?"³. Eran en verdad éstos los profesionales que viajaban más.

Los mercaderes, soldados y rapsodas de la Antigüedad tenían el coraje de cruzar los mares en un tiempo en que la ciencia de la navegación recién

³XVII, 382-385.

empezaba y los hundimientos de las embarcaciones eran frecuentes, como da testimonio la arqueología submarina. Nos hemos acostumbrado tanto a las carreteras y a los aviones que se ha olvidado que atravesar las aguas fue, durante milenios, uno de los más graves peligros que enfrentaba el hombre, junto con la guerra, las erupciones volcánicas y los terremotos. Uno puede imaginar el riesgo que representaban vientos como el Melthemí que aún hoy produce en el Mar Egeo pánico entre los capitanes de las grandes naves modernas. El peligro que involucraba la navegación se ilustra con el hecho de que por largo tiempo los antiguos llamaron al Mar Muerto, Axine o mar enemigo; luego, seguramente para predisponerle a favor, le llamaron Exine o mar amistoso.

El Imperio Romano facilitó enormemente el contacto entre los pueblos europeos gracias a sus extraordinarios puentes y caminos, muchos de los cuales aún se encuentran en funcionamiento. Los detalles de un viaje por estos caminos han quedado consignados por Horacio, quien en la *Sátira V* cuenta de su viaje de Roma a Brindisi a través del más famoso de los caminos de entonces, la Via Appia. Los romanos ofrecían numerosos alojamientos y tabernas a los viajeros. Además, a lo largo del camino, y cada ciertos trechos, algunos funcionarios imperiales ofrecían a éstos gratuitamente leña y sal.

En el Imperio Romano hubo quienes, como la bella Trifene, “pasaron su vida viajando por placer”⁴. Otros lo hicieron por negocios o por razones profesionales. En efecto, en esa época hubo varios intelectuales que se ganaron la vida como conferenciantes itinerantes. Entre ellos cabe mencionar al extraordinario autor de *El Asno de Oro*, Apuleio, quien nació en Madaura, Africa; estudió en Cartago, viajó extensamente por Grecia, especialmente Corinto y Samos, estuvo en Alejandría, en Egipto y en Ierapoli, en Frigia y escribió inmortales páginas en Roma.

* * *

Los relatos sobre viajeros fascinaron a los poetas de la Antigüedad. Muchos de ellos se refieren a aventuras ocurridas a griegos y troyanos luego de la Guerra de Troya. Héroe como los griegos Odiseo, Diomedes, Menelao y Calcas, y troyanos como Eneas y Antenor, tuvieron que sufrir un largo peregrinar. Hay tres grandes obras referentes a los viajeros antiguos: *La Odisea*, *La Eneida* y *Los Argonautas*.

* * *

⁴Petronio: *El Satiricón*. CL.

Entre los mayores viajeros de lejanos tiempos, se debe destacar a los trovadores medievales, descendientes directos de los rapsodas griegos y a quienes sólo Carl Orff ha sido capaz de resucitar por medio de las mágicas melodías de *Carmina Burana*.

Otros grandes viajeros de antaño fueron los giróvagos, definidos por San Benito en su Regla como "aquellos que durante toda su vida, de provincia en provincia, son hospedados tres o cuatro días en los diversos monasterios, siempre vagos y jamás establecidos". Luego de condenarlos duramente agrega, montando en santa ira: *é meglio tacere che parlare*, es decir, mejor ni seguir hablando. Se entiende la antipatía que el santo les tenía a los giróvagos ya que en su época era necesario reformar la vida religiosa combatiendo a los parásitos de los conventos. Sin embargo, uno quisiera que un giróvago se liberara de su anónima tumba para contarnos de sus aventuras prohibidas por el Derecho Canónico; de sus paseos por los jardines de los monasterios; de su opinión sobre la calidad del vino y la carne en los conventos. Al momento de fallecer, ¿se habrán arrepentido los giróvagos de su agitada vida, deseando haber seguido la carrera eclesiástica, tranquila y honorífica?

Los inmediatos sucesores de los trovadores fueron los artistas del Renacimiento. Los mayores maestros de esa época viajaron a menudo largas distancias (lo cual es admirable dada la escasez que entonces había de buenos medios de transporte y caminos). Así se explica en parte por qué muchas obras de esos artistas se encuentran esparcidas en apartadas ciudades de Europa.

Durante el Renacimiento, un viaje que hoy se hace tan breve y cómodamente como el de Roma a Florencia, era una empresa plena de extraordinarios peligros: bandidos, guerras, falta de alojamiento, comida y posta, etc. Y, sin embargo, Leonardo murió a centenares de kilómetros de su natal Vinci, en la corte de Francisco I de Francia. La autobiografía de Benvenuto Cellini está llena de ejemplos de estos artistas-viajeros. Un caso notable es el del propio Cellini quien, siendo adolescente, fue a pie a Roma desde Florencia.

En el Renacimiento, incluso artistas de menor importancia como Bartolomeo Masi se trasladaban a menudo de un lugar a otro, viajando primero con la fama y llegando luego, cuando el mecenas les llamaba. Las cortes, para darse mayor resplandor, competían entre sí por atraerse a los grandes talentos; baste pensar en la pléyade de artistas que pasaron por la ciudad natal de Rafael, Urbino, para complacer los deseos del ilustrado duque Federico de Montefeltro.

Para honrar a los viajeros modernos, quiero evocar aquí a ese ser en

constante movimiento que fue Franz Liszt, quien nació en Hungría, vivió en Viena, París, Weimar y Roma; viajó repetidas veces por toda Europa y murió en Bayreuth. En muchas de sus composiciones quiso expresar el sentimiento íntimo que le despertaron algunos lugares: he ahí un ejemplo del respeto que sentía por las diversas culturas, lo cual constituye signo distintivo de todo viajero.

* * *

Hoy quedan pocos viajeros y para reconocerlos es necesario notar su actitud de respeto por los lugares que visita. El viajero sabe que para conocer Venecia es necesario perderse por sus plazas ocultas, hablar con su gente, conmoverse ante su arte, evocar el pasado.

Este siglo, con sus facilidades de transporte y de alojamiento, ha creado una figura grotesca: el turista. Este no se preocupa de sentir emociones profundas en los lugares que visita, sino que de coleccionar impresiones efímeras, que trata de grabar con objetos de recuerdo y postales. Pasa rápidamente delante de esculturas famosas; le bastan cinco minutos para entender la belleza de una catedral milenaria; salta de un lugar a otro sin lograr detener su atención en nada.

El turista es un bárbaro moderno; su paso tiene el ímpetu que hace dos mil años animaba a los vándalos. Pero su importancia económica es enorme y es en este nombre que se le permite todo. En efecto, el turista hace posible obtener grandes ganancias a numerosos sectores económicos: hoteles, imprentas, agencias de viajes, transportistas, etc. Baste pensar en los millones de diapositivas, postales y libros que se venden cada año. Y es así que este factor económico del turismo se sobrepone a cualquier consideración cultural. Por ello los museos se transforman en grandes ferias donde se reciben avalanchas de turistas capitaneados por vociferantes guías, que arrinconan al individuo sensitivo que va ahí a admirar las obras expuestas para obtener satisfacción estética.

La cultura debe servir a todos, independientemente de clases sociales o niveles intelectuales. Sin embargo, esto no significa que se debe disminuir la calidad de la actividad y servicios culturales. Es el turista quien debe respetar la cultura y no el hombre culto el que debe ser rebajado al peldaño del bárbaro. En este sentido es necesario poner fin al desorden que hoy impera en los museos mediante el establecimiento de un código de conducta semejante al que la práctica ha sancionado en las salas de conciertos. No se necesitan muchas reglas y todas son de sentido común. La primera norma debería consistir en la prohibición absoluta de las conferencias de los guías delante de las obras; regla que impone un elemental respeto al público. No

se debe permitir gritos en un lugar destinado fundamentalmente a la contemplación. El visitante tiene derecho a ser informado sobre los artistas y sus obras, pero ello debe ocurrir en sitios y condiciones apropiadas. La segunda regla es aún más obvia: se debería prohibir que se toquen las obras de arte. La experiencia prueba que no se puede confiar en la vigilancia de los guardias que poco interés y entusiasmo suelen mostrar por su labor. Es por lo tanto necesario obligar al turista a reflexionar sobre el asunto proveyéndole de suficiente información, lo cual, sin embargo, ocurre raramente (una de las pocas excepciones es el Museo Hirshhorn de Washington donde se explica con claridad al visitante por qué las esculturas no se deben tocar). Otra simple medida adoptada por unos pocos museos, como el Rijksmuseum de Amsterdam, es indicar con cordones el límite hasta el cual se puede acercar el público a las obras. La tercera regla de oro de un museo debería ser la obtención de la participación de todo el público en la vigilancia de las obras para impedir vandalismos, compensándose así las fallas de sistemas electrónicos o la falta de guardias. Esta participación hará, además, comprender mejor que los objetos expuestos son para beneficio social. Una amonestación de un visitante a otro puede tener mayor efecto que la del mismo vigilante.

Los museos deber ser instrumentos a través de los cuales el Hombre puede descubrir las maravillas que él (en cuanto parte de la humanidad) es capaz de crear. He ahí un lugar donde se debería experimentar alegría, porque nos acerca a la belleza, e inspiración, porque nos despierta la fantasía. Sin embargo, no todos los museos son fieles al cumplimiento de esta misión porque se transforman en parques de entretenimiento para los turistas, mientras que marginan al visitante serio.

La expansión de la cultura en vastos sectores de la población constituye un imperativo que ningún gobierno puede desatender dados los grandes beneficios sociales que produce la cultura. La máxima de José Martí "ser cultos para ser libres" nos recuerda que a través de la cultura el Hombre puede liberar su espíritu y lograr el desarrollo de toda su potencialidad. Sin embargo, el acceso general a la cultura no debe significar una disminución del nivel cultural en una sociedad, tal como ahora ocurre por hacer prevalecer los intereses del turismo.

Las enormes facilidades que hoy existen para viajar deberían enriquecer la vida cultural moderna al permitir conocer de cerca las costumbres y valores de distintas sociedades. Esta posibilidad, sin embargo, no será una realidad hasta que el turista no se transforme en un viajero como esos de antaño, que cruzaban las fronteras con catalejo, brújula y libros porque iban a descubrir el mundo.